

CONCLUSIONES

Por JOSÉ ANTONIO GARCÍA GONZÁLEZ

Para conocer la situación actual del mundo energético y su posible evolución, se hace preciso realizar una profunda reflexión sobre los pilares y cimientos que soportan nuestra forma de producir y consumir energía, o lo que es lo mismo, nuestra forma de vida actual. Es evidente que existe una correspondencia biunívoca entre el nivel y calidad de vida de una sociedad y su consumo energético.

En la actualidad, la demanda mundial de energía se satisface fundamentalmente con fuentes de energía no renovables, y por tanto, con existencias limitadas, por la imposibilidad de renovarse a corto y medio plazo. Aunque previsiones fiables apuntan a que en fechas tan próximas como el año 2020, el 90% de la producción mundial de recursos energéticos se basará todavía en los procedentes de combustibles fósiles (carbón, petróleo, gas y sus derivados).

Pero el previsible agotamiento en el futuro de las reservas de este tipo de combustibles, y en particular del modelo energético basado en el petróleo, proyecta cada vez más un escenario de energía más cara, con una demanda de crecimiento cada vez mayor, y con la certeza de que su generación y consumo afecta de manera perniciosa al medio ambiente y al calentamiento global del planeta, lo que va a condicionar inexorablemente el futuro desarrollo de la sociedad a nivel mundial.

La ubicación de las reservas mundiales de petróleo y gas es además un factor de inestabilidad del mercado internacional. El 80% de las reservas

mundiales de petróleo y el 83% de las de gas natural se concentran en países miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo y de los países de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Mientras que en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico las reservas son de un 7% y de un 8,8% respectivamente, con un consumo del 60% de petróleo y del 50% de gas natural. También contribuye a esta inestabilidad del mercado, el uso de la energía como arma política, que introduce un elemento de coerción de los países productores y exportadores sobre los que son exclusivamente consumidores.

El uso de la energía nuclear tras su utilización con fines político-militares sobre Japón en el año 1945 y sus devastadores efectos, vivió, como energía nuclear con fines pacíficos, en los comienzos de la segunda mitad del siglo XX, un auge importante. Pero la propaganda negativa sobre los riesgos que su uso conllevaba, alentada por algunos colectivos ecologistas y grupos de la izquierda europea del momento, junto a la utilización y diseminación de información exagerada de los accidentes nucleares reales (por ejemplo, Chernóbil), calaron en la opinión pública de ciertos países de la Europa Occidental, que procedieron a la aprobación de moratorias nucleares, que paralizaron la construcción de nuevas centrales y programaron el cierre de las existentes. Sin embargo, en los comienzos del siglo XXI, el uso de la energía nuclear con fines pacíficos, vive un resurgir evidente.

El incremento constante de la demanda de energía eléctrica, el bajo coste relativo de la energía producida, la disponibilidad permanente y la práctica ausencia de contaminación atmosférica emitida, otorgan a la energía nuclear unas ventajas innegables como fuente de energía primaria, pero sin olvidar la existencia de los residuos radioactivos de alta actividad, y los grandes esfuerzos tecnológicos y económicos que se están dedicando a solucionar este problema, si bien habrá que contar con la aquiescencia de la sociedad mientras se reduce la percepción social de peligro asociado a los mismos.

El previsible agotamiento de los recursos no renovables y la influencia negativa que su utilización tiene sobre el medio ambiente, ha llevado a la búsqueda de fuentes de energía renovables, es decir, aquellas cuyo potencial es inagotable, por provenir de la energía que llega a nuestro planeta de forma continua, como consecuencia de la radiación solar o de la atracción gravitatoria del Sol y la Luna; unido al intento de los paí-

ses industrializados de fortalecer sus economías nacionales, reduciendo su dependencia de los combustibles fósiles, concentrados en territorios alejados.

Existe un general reconocimiento de la bondad de las energías renovables; incluso en un país con un consumo desmesurado de energías no renovables, como son Estados Unidos, se percibe un cambio de política energética. Lo adelantó el presidente Obama en su toma de posesión, afirmando:

«Aprovecharemos el sol, el viento y la tierra para hacer funcionar nuestros automóviles y nuestras fábricas.»

Pero igualmente se admite mayoritariamente la incapacidad actual para satisfacer en solitario la demanda actual y futura. Todos los recursos energéticos serán necesarios para evolucionar hacia la denominada «economía verde», o de bajo nivel de carbono; pero algunos expertos afirman que, probablemente, el puente que permita acercar las dos orillas de esta transición energética pueda proporcionarlo la energía nuclear de los reactores de las Generaciones III y IV.

¿Y cuál es la situación de España, en el ámbito global de las políticas energéticas?

España dispone de escasos recursos energéticos propios aunque no en la cuantía suficiente para atender a su creciente demanda. Baste decir que más del 80% de la energía que consumimos hay que comprarla en el exterior. Esta situación de dependencia energética externa es una característica común de los 27 países de la Unión Europea, cuyo valor medio se sitúa en torno al 56%.

Las regiones económicas del mundo dependen las unas de las otras para garantizar la seguridad energética, la estabilidad de las condiciones económicas y la adopción de medidas que sean eficaces contra el cambio climático.

Pero a la luz de los crecientes riesgos en términos de seguridad energética, en los que la Unión Europea se halla inmersa, surge la necesidad de hablar con una sola voz, coordinar las políticas energéticas de los Estados miembros, y seguir las Directivas del Mercado Único, para conseguir los objetivos.

El Plan Estratégico Europeo de Tecnologías Energéticas propone, desde el año 2007, concentrar, reforzar e impulsar los esfuerzos europeos, con

el objetivo de acelerar la innovación en las tecnologías punta de baja emisión de carbono.

Sin embargo España, con su alta dependencia energética del exterior (80%, frente al 56% de la Unión Europea), con escasas conexiones de electricidad y gas con el resto de Europa, y siendo el país europeo cuyas emisiones de dióxido de carbono se alejan más del compromiso adquirido en el Protocolo de Kioto, difiere totalmente de la política europea relacionada con el uso de energía nuclear. ¿Es buena para España su peculiaridad, que difiere de las políticas y objetivos de la Unión Europea? ¿No se estará haciendo política con la energía, en vez de diseñar una política energética?

El funcionamiento de nuestro sistema productivo, nuestro bienestar material y un equilibrado desarrollo social y medioambiental dependen en gran medida de cómo España plantee y resuelva el cada día más acuciante problema de la dependencia energética.